

col
14

RASGOS DE PLUMA



ELLA



La Limeña

Para hablar de tan peregrina criatura, menester sería que el Tunante comenzara este artículo con una invocación á las musas; pero qué musas ni qué *misas*, las musas verdaderas son las mismas limeñas, y que me desmienta cualquier poeta paisano de ellas.

¡Níveas palomas, que anidais en este canastillo de flores que llaman Lima, dadme la luz de vuestros ojos para engalanar mi fantasía; venid en bandadas á revolotear en torno mío, con aquellas gracias que el cielo os ha prodigado á manos llenas; rozad con vuestras alas mi mal cortada pluma, comunicándole vuestro encanto; que á mis oídos, en música armoniosa, lleguen, en este instante, los dulces acentos de vuestra voz; haced que brote en mi alma el entusiasmo con que vuestra belleza subyuga y arrebató!

¡La limeña!

Si el escribir de rodillas dijera algo en favor de lo que se escribe, hé aquí que gustosos

doblaríamos las nuestras para trazar estos renglones.

¡La limeña!

¿Cuál es el rincón del mundo á donde la fama no ha llevado este nombre como sinónimo de gracia?.....

¡Qué lindas son en realidad!

Parecen obras caprichosas de Dios.

Son mujeres en miniatura.

En ellas todo es sumamente delicado: el color, los perfiles.

El cielo de Lima se presta maravillosamente para el embellecimiento de la mujer; así como parece no ser tan aparente para el desarrollo del hombre. Con razón nos decía un poeta que ha viajado: «en ninguna parte he visto un número tan crecido de mujeres hermosas.»

Ellas no son blancas como el ampo de nieve, ellas no son completamente trigueñas: sobre un fondo de alabastro han trazado los ángeles estos cuadros animados de medias tintas, que se desvanecen con tanta suavidad como las de una tarde serena.

Las limeñas tienen suavidad en sus formas; suavidad en su cutis; suavidad en su colorido: hay en ellas algo de aereo y vaporoso.

Si dado fuera poder formar una mujer de una nube, bañándola con la luz del alba y encarnándola con los tintes mas suaves de la aurora y el crepúsculo de la tarde, esa mujer se mejoraría la limeña.

Observémosla mas de cerca.

En la limeña no hay que buscar la severidad de las formas; el modelo de la mujer para la estatua de un escultor romano.

Mas se prestaria para una Venus griega.

La limeña tiene mucho de oriental.

En ella no se busque el voluptuoso atractivo de la española; ese *chic* juguetón de la francesa; aquel lánguido encanto de la inglesa.

¿Qué es lo que la singulariza?

La gracia, que nace de su perspicaz imaginación, de la delicadeza de sus sentimientos y de las costumbres, sobre todo.

Es, como una tradición, que de madres á hijas se trasmite, el *modito* de andar; los movimientos de cabeza: la movilidad de los gestos y todos esos bellísimos *disfuerzos*, con que son capaces de hacer perder el juicio á un padre capuchino.

La prontitud en las respuestas, la oportunidad en el decir, nacen de su fecunda imaginación.

El encanto de su mirada, la modulación de su voz, la bella coqueteria de sus modales, las tentaciones de su sonrisa, nacen de la ternura de su corazón.

El ritmo con que mueve los pies, esos brinquetes que cuando joven acostumbra, aquel saludar deshaciéndose en mimos, entre mujeres, esa especie de algazara que les gusta formar cuando se encuentran, dan idea de la alegría permanente que les retosa en el cuerpo.

—¿Cómo estás, hija?—sonriendo, abrazando y besando.

—Bien, y tú?

—Si te digo, hija!

—Y yo también, hija.

—Cómo está Paquita?

—Y Lolita?

—Ay! hija.

—Jesús! contigo.

—Cómo está Ud. mi siá Gavinita—saludando á la vieja.

—Cómo está, mi siá Margarita?

—Bien, hija, y mi siá Cármén?.....

Y entre *mi siás é hijas* hacen una bullanguita tan agradable que muchas veces me he detenido solo por verlas saludarse.

Tiene cierta volubilidad en su carácter y zalamería incomparables.

La limeña es poco afecta á salir sola, siempre sale con amiguitas.

Sea como sea y vaya hablando de lo que vaya, su pensamiento está fijo en este punto: *me van viendo* — de aquí el sacudimiento lijero del traje, de vez en cuando; el llevar la mano para hacer como que se compone el peinado y el sumo cuidado en el airoso caminar.

La limeña sale por ver y que la vean.

Siempre le gusta ir conversando por la calle, particularmente cuando vá con amigas, y haciendo como que á nadie vé, se fija en todos, vá hablando de todos y está en todas.

Veámosla, con manta, yendo á misa.

—Negrito!—llama.

—Señorita?—contesta uno mas retinto que la noche, presentándose con gorrita en mano, la camisa bien limpia, la chaqueta con dos hileras de botones amarillos y los botines nuevos.

Es el paje.

Coje el elegante reclinatorio, se lo coloca en la cabeza y espera que salga la señorita, para seguirla.

Ya está en la calle.

Allí vá, llenando la vereda.

Es una reina que cruza los corredores de Palacio en medio de los saludos de todos los grandes de su corte.

Por donde pasa vá dejando el perfume de las ricas esencias con que ha rociado su seno y su rico pañuelo de batista.

Esta mujer domina, subyuga, hace detenerse á los transeuntes.

Todos la miran, todos la sigun con la vista hasta que concluye la cuadra y vuelve la esquina.

Por fin, llega á la iglesia, se acerca á la pila de agua bendita.

¡Dios del cielo! ¡qué brazo tan mórbido el que saca bajo la manta, un manojo de azucenas son sus dedos y la suavidad de su mano es mas que la de la taza de alabastro, en que toma el agua bendita. Esto está diciendo que es muy inteligente y muy sensible.

¿Qué hombre arrodillado junto á esta criatura podrá oír misa con devoción?

Los ojos en vez de fijarse en la imágen de la vírgen que se halla en el altar, involuntariamente se vuelven hácia aquella vírgen viviente, cuyo rostro parece despedir esplendor celestial.

¿Quién no ha visto á una de esas lindas hijas del Rimac, arrodillada en el enconchado reclinatorio, con el libro de misa entreabierto en la mano derecha, y el valioso rosario de nácar envuelto en torno de la otra?

¿Quién no la ha visto con la manta sujeta hácia el lado izquierdo de la garganta, primorosamente recojida al rededor de la cara y con un pequeño velo cubriendo parte de la frente?

Quien no la hubiese visto, no tiene mas que dirigirse á San Pedro ó á la Merced, y allí está la limeña siempre «llena de gracia» y digna de ser «bendita entre todas las mujeres» (con perdón de la salutación angelica.)

¡Qué languidez, qué abandono tan seductor, qué encanto, sobre todo cuando está arrodillada!

Aun no ha salido el sacerdote y ya ella está como absorvida por la meditación.

Las arqueadas y largas pestañas de sus párpados superiores se levantan y bajan, denotando el recojimiento del espíritu.

Sus lábios primorosos, semejantes al botón de la rosa de miniatura, en movimiento imperceptible, denotan igualmente la expansión del alma por medio de la súplica.

¡Divina criatura!

Está absorvida en sus oraciones.

Y sin embargo ¡con qué modito tan coquetón se halla inclinada!

Parece mirar todo cuanto hay en torno suyo con la mayor indiferencia, y sin embargo su oído escucha el roce de los trajes de seda y por el paso sabe si es Fulanita la que acaba de entrar.

Parece en conversación con los ángeles y no obstante *se halla en todas*.

Ella vé quienes entran y quienes salen, vé el vestido de las Fulanas, vé con quienes fueron á misa, con quienes hablaron, con quienes se rieron.

Pero, ningún movimiento ejecuta con mas gracia ni es mas digno de llamar la atención, como aquel en que vuelve la cara para ver ó ser vista.

Este movimiento lo reviste siempre de toda la coquetería posible.

Vuelve á veces la cara, cuando aun no ha bajado los ojos, cuando la palabra tiene entreabiertos sus delicados labios y su dentadura, tan blanca como las cuentas del rosario de nácar, brilla dando á su rostro un aire de sonrisa.

Vuelve á veces la cara cuando el alma parece que se le asomara á los ojos.

Cuando todos al verla puedan decir: hé allí una limeña.

Qué linda es en verdad!

Quién fuera poeta para *besarla* en un soneto.

Quién fuera músico para beber la inspiración en aquellos ojos de cielo y componer un cántico dulce y expresivo como ellos.

Quién fuera pintor para trazar con el pincel aquel perfil incomparable.

¡Que te resbalas! Tunante!

Pasemos á otra cosa.

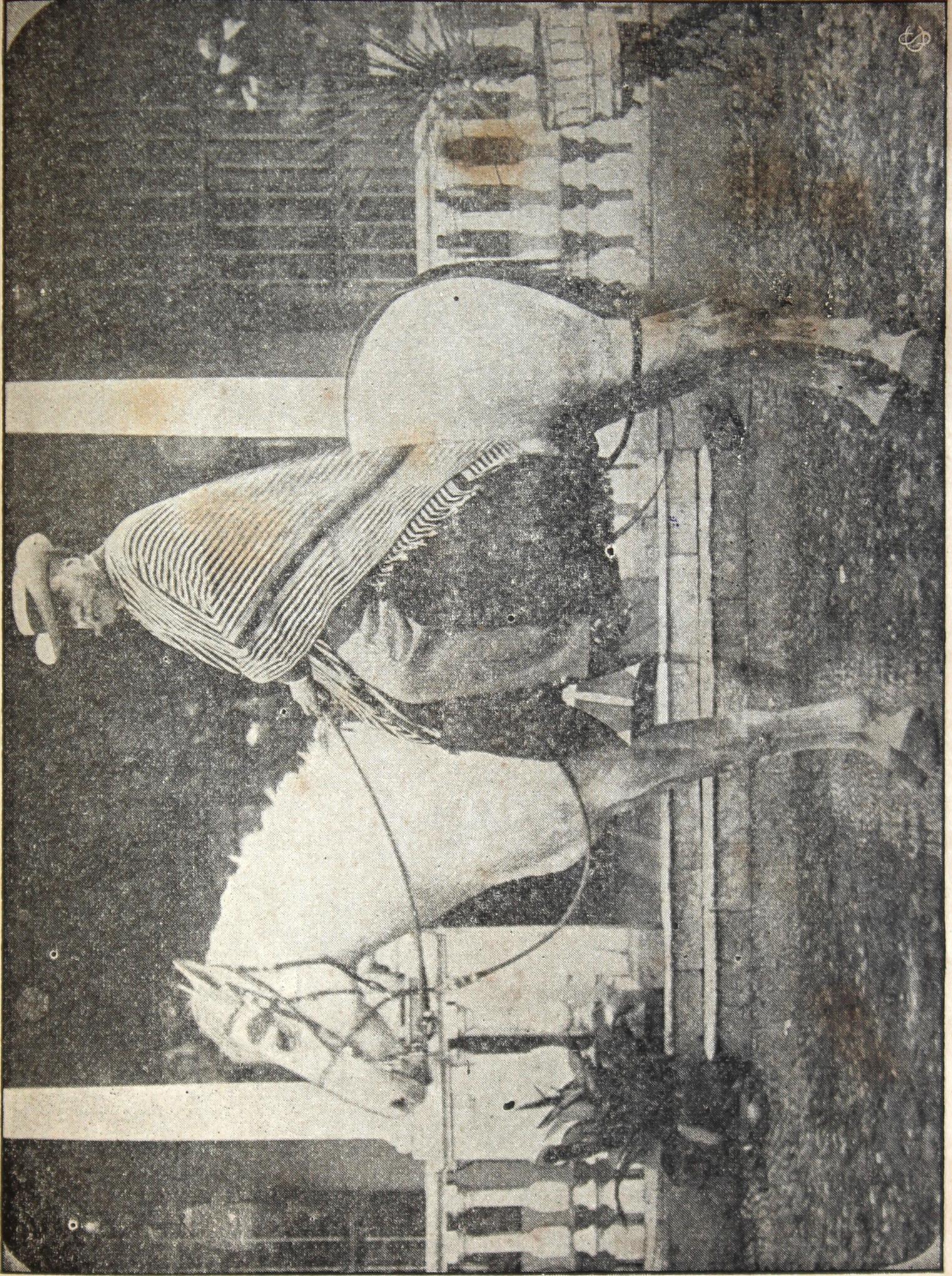
Generalmente se dice que no sirve para esposa, y particularmente para esposa de pobre.

Por partes.

Se dice que no sirve para esposa porque por lo general no entiende de tareas domésticas: ella sabe bailar muy bien; tocar piano y vestirse; pero cuidar de dar la ropa á la lavandera, de pegar los botones, etc, muy poco.

No depende esto de su carácter: depende de la mala educación; del sumo engreimiento en que suelen criarla; del orgullo que se las inspira desde chicas; del menosprecio con que se les hace mirar las ocupaciones domésticas; de esa mala doctrina de que porque hay dinero no se debe hacer nada; en un palabra, de no presentar á sus ojos el trabajo como virtud.





HACENDADO PERUANO



ORDEN DE LOS GRABADOS

Ella	5
Marinera (pieza musical)	25
Hacendado peruano	45
¡Viva el Perú!!	65
Arequipa.	97
Escenas de Carnaval en Lima	119
El heroico acto de José Gálvez	137
La caza del puma	205
Emilio Gutierrez de Quintanilla	231
Huaráz	285
José Maria Valle Riestra	301
Mercedes Cabello de Carbonera	361
Una serenata	377
Juan O. Lepiani	441
El Rodeo	534
Una pareja de pallas	613
Cuzco	667
Yendo al baño	721

Gráfica
de
la
Comisión
de
Historia
Natural
del
Perú

INDICE

	PÁGINAS
La Limeña	5
La Mona	13
El Baile nacional	25
Colegio para macucos	28
Ña Busquillo	39
Un buen jinete	45
Los Beatos	50
Los Antojos	57
El Montonero	65
Los préstamos caseros	75
El Indefinido	79
Los diputados fiambres	87
Un bebe en Arequipa	97
El Museo de las desdichas	107
Dos palabras	115
Escenas del Carnaval en Lima (co- media)	119
José Gálvez	137
Mi sobrina	148
Los Cachetones	153
Ña Pretensiones	161
El arte de hacer fortuna	173
El maestro Valdivieso	181
Las dos revistas	195
La caza del puma	205
Los devotos del mes de María	219

Emilio Gutiérrez de Quintanilla	231
Don Reniegos	251
Las beatas	259
El qué dirán	271
El Callejón de Huaylas	285
Curar la cabeza	293
José María Valle-Riestra	301
Ña Codeo (ensayo de comedia)	313
Mercedes Cabello de Carbonera	361
Los Portaleros	369
Una serenata	377
El Palacio de Justicia	385
Las viudas	393
Pelagatos en 1884	401
Las hociconas	406
Un señor Prefecto	412
Las cartitas	423
El patriocabulismo (primer artículo)	433
Juan O. Lepiani	441
El Carnaval en Pelagatos	445
El patriocabulismo (segundo artículo)	453
La batalla de Huamachuco	463
Cuadros del trabajo (El rodeo)	534
Escenas en la campiña (comedia)	549
Los mocitos de gorra	561
La letanía de los enamorados	567
Nos casamos ó nó	575
Ir por lana y salir trasquilado (comedia)	587
Una carta de Pelagatos	597
Cuadros del trabajo (El temple)	607
Las pallas	613
Ya vienen los chilenos (juguete cómico)	619
San Troncheo	633
Una corrida de toros en la sierra	639
Después de la revolución	645
Cuadros del trabajo (La trilla)	655

Reservado

Hamington

DE EL TUNANTE

	PAG.
Después de Angamos	661
Cuzco	667
Doña Técnica	684
Dos apóstoles del evangelio	692
Sara Bernhardt y un pelagatuno	699
La «Odisea del alma» y el Sr. Llona	713
El gran taller	721
Un episodio del siglo XX	732
Mentiras en el Cementerio de Lima	743
Mis ahijaditos	749
La apoteósis (Traslación de los restos de nuestros héroes)	763
El Mataperro	794
Una casería en la Chay	800
Una corrida de gala (ensayo de zarzuela)	819
Clorinda Matto de Turner	857
Lo que se queda en el tintero	865
